AÑO IV — BUENOS AIRES, 8 DE JUNIO DE 1925 — N.o 176

BIBLIOTECA "F.V."

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

BESUQUEOS DE HISTRIONES Y BUFOS

La farsa tragicómica ha sido consumada. Mussolini, el bufo siniestro, quien ríese y regodéase cuando las madres lloran los hijos dilacerados por las enfurecidas hordas fascistas, visitó al histrión mayor de la literatura europea. Fué a ungir con el óleo del "consuelo" y de la reconciliación al rampante príncipe del Monte Nevoso. Para ello llevó consigo y como mascota, al ciego, espiritual y físicamente, diputado Delcroix. Era el personaje imprescindible para la avenencia de estos grandes fumistas de la política y del arte. Los regaños y el plañir del polichinela grotesco, valetudinario y de calva esférica y luciente cual una bola de billar, fincaban en obtener alguna participación en el poder dictatorial, que pesa, doblegando al proletariado italiano. Deseaba él también un hueso, para roerlo, entreteniendo sus ocios literarios. Además, el ente vesánico de vanidad, soberbia y ambición, sufría la hiperestesia de ese silencio glacial que le rodeaba, envolviéndole en un sudario precursor de aquel del sueño eterno. Amenazaba sobrevivirse, él, que había capitalizado la histeria femenina, explotándola y viviendo de ella como cualquier rufián de alto coturno. Él que había trepado, escalando la fama valido del sexo de sus queridas, víctimas propiciatorias de su sed de publicidad y de reclame. A lo largo del camino y tras del aventurero afortunado quedan ellas: María Hardoun, la hija del duque de Gallere, la Foscarina—Eleónora Duse—Rubinstein, la del "San Sebastián", y ahora la "fiel Cesira", que, al poneria al servicio de Mussolini, le cambió el nombre llamándole "sorella salutevole".

Pero daremos algunos pormenores de esta ceremonia "mística", diestramente jugada por los actores y demás mimos y *mimas*. Primer acto: Delcroix es conducido por sus compañeros al *oratorio* de la villa,, haciéndole tomar asiento junto al *coro*, en un rústico banco, cerca de la pared. El bufo y el histrión, después de abrazarse, se acomodaron en la silla del *prior*.

Repentinamente, la destellante calva d'annunziana se zambulle en las tinieblas. Regresa luego. ¿Qué trae el ganso de Monte Nevoso? Incienso, incienso para ahuyentar los malos olores. Sobre pebeteros de plata, lo quema. Mientras, la música de Palestrina se complica para fabricar la necesaria atmósfera de "misticismo". Afuera, completando la *misc* en escena, ardían hogueras sobre titánicos *peñascos*, arrancados de los Alpes y de los picos de Velvio. Los pobres peñascales, si hubiesen tenido el don de la sonrisa, quizás se hubiesen sonreído de misericordia ante esta ridícula aparatosidad macarrónica de dos pigmeos, quienes necesitaban engañarse á ellos mismos para apaciguar sus querellas, — producto espúrio de naturalezas sórdidas — y terminar de remachar los eslabones de las cadenas que acogotan al pueblo italiano.

Un intervalo para preparar la otra cinta, y después se procedió a la representación del segundo acto: Delcroix avanza y entrega al "príncipe" el regalo en nombre de los mutilados. Consiste en una placa de plata grabada, con un bajorrelieve figurando tres santas: la hermana, la esposa y la madre, en acto de adoración al soldado desconocido, nimbado como un nuevo Cristo. Claro, no hay mejor filón que la explotación de este nuevo mito, con el cual la patriotería trata de pagar a la muchedumbre sobreviviente a la gran catástrofe, las millonadas de muertos enterrados en los campos de batalla. Tal invento y el minuto de silencio, debíase patentarlos, ya que hasta ahora resultaron los más eficaces engañabobos que pudo sacar del escondrijo de su cansada imaginación la yerta burguesía.

Sigamos, empero, al histrión mayor, quien, en plena efervescencia de su genio libresco, pudo muy fácilmente catequizar a los visitantes embobalicados. Entre otros almíbares y frases confitadas, pronunció el voto para "descubrir nuevamente la luminosa *señal* del amor que debe *señalar* nuestro destino, y debemos recordar el constante sacrificio" y etc. Basta por ahora. No seguiremos, por no fastidiar a los lectores. Sólo haremos notar que todos los más grandes impostores, azote de la humanidad, hablaron del sacrificio común, cuando ellos tenían villas a lo D'Annunzio, o como lo Mussolini. Es muy cómodo ganarse la gloria célica y las palmas del martirio haciéndose llevar en automóvil.

Ya en el epílogo, en el acto tercero de este largo sainete con música sacra de Palestrina, los convidados y convidadas se abrazaron y se besuquearon, baboseándose, lagrimeando, y sentándose a la mesa a yantar. Según el corresponsal de marras, "con la atmósfera franciscana que reina en la villa, sonó la campana" y, naturalmente, el bufo "ocupó la cabecera de la mesa, siendo servido por la fiel Cesira, a quien el histrión le cambió el nombre llamándola "sorella salutevole", o sea la "hermana saludable". Da grima pensar cómo estos peleles rellenos de aserrín literario arreglan todo, hasta los más graves asuntos, con una pirueta verbal o un tropo manido y secular.

No sabemos qué se le ocurriría a un humorista flemáticamente inglés — un Bernard Shaw — al leer la representación grotesca de esta pantomima por dos hombres que desgraciadamente juegan con los destinos de un pueblo de cuarenta y pico millones de almas.

Ambos con vocación de payasos, quisieron encaramarse a las cumbres del heroísmo, y se convirtieron en cómicos de la legua, que, no siendo quienes son, por azares de la caprichosa fortuna, no hallarían empresarios que los contratasen. Insultan canallescamente a esa Italia que, por causa de las escuadras de asesinos capitaneadas por ellos, sufre y se desangra lentamente.

Toda esta teatralidad nada tiene que ver con la acción silenciosa de los verdaderos apóstoles, quienes ardieron de entusiasmo por el sacrificio, y el menor regalo que hicieron fué el de su vida. Hablese, quien quiera que sea, y en todos los órdenes, en los que no faltan ejemplos.

GLOSARIO

LA LEY 11.289.—

Por el número de la susodicha ley, pareciera que la dicha del pueblo fuera una realidad radiante. Según la geometría democrática, a mayor número de leyes mayor cantidad de felicidad, por lo que ellas suponen de atinada administración, de previsora reglamentación y de bondad en todos los métodos reguladores de las funciones sociales. Pero pareciera que no fuese así. Ni por el número ni por el articulado pudo agradar la ley once mil ochocientos y tantos. Es cierto que el desagrado, ni el agrado, tampoco parece ser general. Decimos esto, sólo basados en lo que nos sugiere la realidad.

Dispuesto que un día de la pasada semana se hiciera una manifestación contra la definitiva sanción en la práctica de la ley de jubilaciones y etc., otro grupo se presentó al presidente de la cámara de diputados pidiendo la mantención en vigor de ella. Si se hubiesen limitado a este simple acto de adhesión incondicional, no sería lo más grave ni lo más importante. Es que hablaron, argumentaron, y esto sí que es imperdonable. Dijeron que quizás "el mitin proyectado reuna a cierto número de manifestantes; pero nos permitimos hacer notar a V. H. que aparte de los trabajadores, que serán presionados a concurrir en su gran mayoría, serán elementos avanzados, antilegalitarios, que ideológica y sistemáticamente son opositores a todas las leyes y que aprovecharán ésta y toda otra oportunidad análoga para exteriorizar su ideología."

Esta gente, como toda turba mercenaria y alquilada, no sabe lo que dice, y, como siempre, afirma lo que ella no conoce ni de oídas. Aunque, más que todo, hay en ello una dosis grande de mentira y mala fe. Precisamente los antilegalitarios, los elementos avanzados y los que son sistemáticamente opositores a todas las leyes", no concurrirán o, si lo hacen, se hallarán en minoría, ya que esos mitines no son los más apropiados para debelar leyes. Tiene mucha gracia que a los tiburones del capitalismo, los Gath y Chaves, Harrods y los demás, se los trate de subversivos y casi como anarquistas. Porque entre los más apasionados para la derogación de ese bodrio jurídico, son ellos, los partidarios del mayor número de leyes, que cuanto más draconianas resultan con más ahinco las sostienen.

BULGARIA "MANUMITIDA".—

Por el Consejo de Embajadores, Bulgaria ha sido conminada a desmovilizar las fuerzas mantenidas bajo banderas con el pretexto de combatir el terrorismo de abajo con el de arriba.

En revancha, los jueces a las órdenes de Zancoff infligieron condenas de veinte y diez años por el crimen nefando de pro-

pagar ideas antiestatales, que ni tampoco fué eso, porque los condenados, siendo comunistas, son más autoritarios que el mismo derecho divino y romano. Es una competencia y un conflicto de poderes, disputándose la piltrafa de ese pueblo comido y desgarrado por los cuervos y los lobos hambrientos.

POINCARE Y LUGONES.—

Todos habrán leído el mamotreto cablegráfico del imperialista Poincaré, partidario del agarrotamiento de Alemania. Era un chillido destemplado clamando por la defensa de la civilización latina, amagada por los bárbaros de Africa, Rusia y etc. Nos parece que si esta barbarie ilustrada pereciera, nada perdería el mundo ni la humanidad, ni el sol saldría por poniente en vez de por donde acostumbra a asomarse. Pero Lugones mete la cuchara para refrendar, machacar en frío, en un alarde de pendantería sin límites, repitiendo: "yo dije esto, yo afirmé estotro" y etc. Cuando Einstein publicara algo sobre el descubrimiento de su famosa teoría, también el mostrenco de erudición libresca y papagallesca salió declarando que ya él había descubierto o inventado algo muy parecido a lo del sabio alemán. Hay gentes que para exhibirse en los *papeles*, son capaces de suicidarse ,matar y descuartizar. A Lugones, con la vanidad que le roe, le falta bien poco para llegar a eso.

ESPAÑA Y LA "SERIEDAD".—

España sigue ocupándose de cosas tan serias que parece tener la cara de un magistrado que no pudo mandar una media docena de víctimas a la sombra por unos cuantos años. Cada profesión tiene sus quiebras, pero la del torero quizás más. La cuestión es que la furia del flamenquismo invade al pueblo español, el cual anhela olvidar toda la negrura que entenebrece su alma enfangándose en las pasiones más violentas.

Si ahora agregamos que Belmonte, al reaparecer en el ruedo, es el ídolo de las muchedumbres españolas, se comprenderá todo sin que nosotros digamos una palabra más.

Primo de Rivera seguramente condecorará con alguna orden al oportuno salvador, quien prolonga la calamidad que con estoicismo llevan a cuestas todas las clases sociales españolas.

"LA ESTRELLA" COOLIDGE.—

La democracia utilitaria de Norteamérica no reconoce coto vedado para sus actividades comerciales. Hace poco, una fuerte empresa cinematográfica le propuso a Mr. Coolidge interviniese como personaje en una cinta. Parece que éste, como buen yanqui, no pretende desperdiciar la oportunidad de hacerse popular internacionalmente y al mismo tiempo salir ganando algo. No sólo de pan vive el hombre, también necesita ser *estrella* de vez en vez.

Roto el velo de las majestades de ciertos figurones oficiales, es posible que otro empresario más avisado le proponga a Coolidge contratarle para su cuerpo de baile. Quién sabe si no se desempeñaría mejor que hallándose sentado en el sillón presidencial, enfrentado a esa colosal estatua de la Libertad, precisamente en un país donde al individuo, la única libertad que le dejan es ser ladrón, a trueque de convertirse en hambriento o pordiosero si no se aviene a robar o ser robado. El dilema es este: carnero o lobo.

ALCOHOL Y BOLCHEVISMO.—

Por cierto no somos partidarios de la menor prohibición, y menos acerca de la bebidas espirituosas. Abstemios por convicción y por naturaleza, no deseamos imponer nada a nadie, queriendo perturbar la fisiología de cada cual o los vicios a que pudo aficionarse desmedidamente. No es con prohibiciones que se corrigen los hombres, sino proporcionándoles medios y oportunidad de corregirse. Pero el aumento del consumo del vodka en el infierno bolchevista es otra cosa. Resulta un síntoma alarmante y nos descubre que a los gobernantes bolchevistas nada les falta ya para ser mucho peor que los peores soportados y tolerados por los pueblos.

De concesión en concesión, al populacho y a sus acólitos, nada queda de la primitiva idea revolucionaria, más que un esqueleto, casi una percha, de la cual puede colgarse cualquier prenda o vestido.

Por lo pronto, la producción de vodka le rindió al gobierno sumas tan cuantiosas, que, no pudiéndose equiparar a las recolectadas por la administración del zar, son cifras de las que nadie tiene memoria. La gradación del alcohol es de 40 o|o, o sea 5 o|o menos que durante la guerra. Actualmente existen 350 destilerías fiscales. Y durante el año pasado se confiscó más de 30.000 destilerías clandestinas, cuyos propietarios fueron castigados con multa, prisión o deportación. El Estado teme la competencia, quiere ser el único y exclusivo envenenador de su población. Y además recoger riquezas cuantiosas, para intentar "regenerarla"; lo mismito que realiza el sistema burgués, fabrica la podredumbre, el crimen, la intoxicación de los organismos, y luego, deseando remediarlo parcialmente, lo cultiva a media llave a fin de que exista siempre.

LA INQUISICION REDIVIVA.—

Decíamos que Norteamérica era una nación muy grande, con una pequeñísima libertad individual y colectiva. Basta este detalle para comprobar la verdad del aserto. Hace pocas semanas se decretó la formación de un proceso contra Mr. John Scope, profesor de enseñanza secundaria, acusándosele de haber dictado clases sobre la teoría darwiniana de la evolución, violando de este modo una ordenanza prohibitiva del Estado de Tennessee.

Bien; en estos días se resolvió fallar por un decreto federal que ninguna ley de las Estados podía intervenir en materias pedagógicas. Es cierto, el buen sentido triunfó, pero no es menos cierto que este antecedente revelador no se borra, demostrando que la inquisición de las ideas se halla en vigor por leyes no escritas, que la inmensa mayoría las practica y cumple.

BREVES

La vida únicamente se vive, se siente, se posee, cuando nos volcamos en ella, cuando nos entregamos, nos damos completamente, absolutamente a ella. Vivir es algo más, mucho más que conservarse, que multiplicarse, que existir; vivir es proyectarse hacia el porvenir, en un árbol, en un libro; es algo más todavía, hay algo más grande, más humano todavía, y es que, para que el árbol y el libro puedan servir de algo o para algo, el hijo debe ser la síntesis de la vida. Eliseo Reclús fué eso, una concreción de los esfuerzos, de las inquietudes y de las conquistas de la humanidad. El fué un ejemplo sintético de un porvenir mejor, de un nuevo tipo de la próxima civilización anarquista. "En el lugar de mi estatua plantad un árbol". ¡He ahí el hombre! Esto únicamente se le pudo ocurrir a un anarquista. Ahí, en esas palabras, que son la flor del pensamiento anarquista, está el fruto del amor a la vida y el germen de un mundo nuevo: la anarquía.

Sí, únicamente viven los que se entregan, los que se dan, los que se vuelcan en la vida. Vive el pájaro en un vuelo y en un canto; él es eso, sin trinos y sin alas no hay vida para él. Vive el árbol en sus flores y en sus frutos; ahí, en la flor y en el fruto está la vida del árbol. El hombre vive en sus obras; ahí, en sus obras, está la vida del hombre, como en el canto y en el vuelo la del pájaro, como en la flor y en el fruto la del árbol. El hombre se vuelca en sus obras; el pájaro en sus trinos, el árbol en sus frutos.

He ahí la vida.

Vivir es proyectarse, expandirse en algo, canto, fruto u obras. Esta es la única manifestación de la vida que repercute al través de las generaciones y se perpetúa en la vida misma. De ahí proviene el pensamiento anarquista de la vida; él es la obra, el canto y la flor de la vida de la humanidad.

Wilckens se voleó todo, se entregó completamente. ¿No es cierto, *compañero* Barrett?

HELIOS

En torno a la Confederación Nacional del Trabajo

POR EL RESTABLECIMIENTO DE LA CORDIALIDAD

Tantos han sido los acontecimientos vividos y tan fecunda en novedades ha sido esta época que nos parece que hubiera pasado ya un período de la historia desde que LA PROTESTA comenzó a llamar sistemáticamente la atención sobre las desviaciones de la Confederación Nacional del Trabajo de España; sin embargo, sólo hace de esto cinco o seis años. Sí, desde hace cinco o seis años ,el decano de la prensa anarquista de habla española ha reflejado en sus páginas de tanto en tanto las inquietudes inspiradas por la marcha en zig-zás de la organización obrera de España. Por desgracia, sus voces de alerta pasaron desapercibidas y sus previsiones se cumplieron al pié de la letra. Esta es una dolorosa comprobación. Puede haberse equivocado en detalle LA PROTESTA, puede haber juzgado insuficientemente ciertos fenómenos, puede haberse equivocado en algunas consideraciones de orden personal, pero en líneas generales, la crítica serena hecha a nuestras cosas de España, se ha evidenciado exacta. Los que se asombran ahora de la persistencia del diario argentino en señalar los errores de los dirigentes de la Confederación, revisen lo escrito desde hace varios años en LA PROTESTA y se verán forzados a darnos la razón. Invitamos a que hagan ese examen retrospectivo, sobre todo aquellos que suponen que la campaña "de desprestigio" es de ahora, de hace unos meses nada más. Lo que pasa es que, pese a todos los esfuerzos por silenciar nuestras observaciones, la voz del diario se ha hecho sentir, y se ha hecho sentir precisamente en los camaradas más abnegados, en los que pueblan las prisiones de la dictadura militar por haber cumplido con su deber. Pero antes de que Primo de Rivera soñase con el golpe de Estado, LA PROTESTA sometía sistemáticamente a una crítica demoledora las genfalidades de los pequeños filósofos que se habían encaramado en los puestos de orientación del movimiento revolucionario. No es culpa nuestra si Carbó descubre ahora una labor que tenía el deber de no haber ignorado sistemáticamente tantos años.

Nuestra inquietud por el porvenir de la C. N. T. comenzó justamente en el período de su vigor fabuloso, cuanto contaba en sus filas más de un millón de obreros organizados, cuando caían diariamente patrones y policías atravesados por las balas de los pistoleros confederales. Fué entonces, cuando se hacía ingresar en la Confederación a los obreros bajo amenaza de muerte, cuando se cobraban las cotizaciones impuestas por las juntas administrativas con el revólver en la mano, fué en esa época, que alguien bautiza de gloriosa, cuando nosotros hemos comenzado a preocuparnos seriamente por el porvenir de nuestro movimiento en España.

Entonces no podíamos hablar claro, y nuestras críticas eran más veladas que hoy. No queríamos dar armas a nuestros enemigos, pero revisando nuestra prensa en 1918 y 1919 se encontrarán previsiones bastante amargas sobre los resultados del terrorismo sistemático ejercido en Barcelona en nombre de la Confederación. Fué ese terror inmotivado el que trajo primero a Martínez Anido y luego a Primo de Rivera. Somos los primeros en dignificar el hecho de un Angiolillo, de un Vilckens; somos los primeros en aplaudir la muerte de un Bravo Portillo, pero estamos lejos de confundir los móviles de un hombre que se hace intérprete de una reivindicación colectiva y los del que realiza un vulgar asesinato a sueldo.

Otro de los hechos que nos han producido una dolorosa impresión, fué la censura impuesta por los dirigentes confederales a toda voz que no les fuera enteramente grata. Todos recordamos, por ejemplo, aquel suelto de la última época de *Tierra y Libertad* de Barcelona, "A callar tocan". ¿Quién imponía el veto a la salida de *Tierra y Libertad*? ¿Martínez Anido? No, los señores dirigentes de la Confederación. ¿Es que Pestaña, Carbó, Seguí, etc., etc. salieron en defensa del derecho a la crítica ejercida sanamente en nombre del anarquismo? No tenemos noticia alguna de que lo hayan hecho. ¿Es que hicieron algún esfuerzo real para evitar la degeneración de la fuerza de que disponía la Confederación en un ejercicio sistemático del asesinato? ¿No se les ha ocurrido que con ese sistema de terror sólo provocaban la reacción y que no podrían asegurar ninguna conquista revolucionaria, porque nuestra fuerza no está en la simple acción de unas cuantas bandas de pistoleros, sino en la propaganda y en el ejercicio de nuestro poder económico? Claro está, después de cerca de un año de terror confederal, se inició el terror patronal y gubernamental y se puso en evidencia una vez más que en el terreno de los balazos y de los asesinatos irresponsables, la burguesía nos ganará siempre, pues lucha con mejores armas y con entera impunidad. Además no le falta dinero, y con el dinero nos priva de los pistoleros más decididos y de mejor puntería. ¿No es verdad?

En las filas de la Confederación se ha formado una especie de casta de dirigentes; los puestos de los sindicatos y de los comités constituyen un motivo de ambiciones desmesuradas; para muchos es cien veces preferible un puesto rentado en la organización que el trabajo en la fábrica. En fin, que las cotizaciones atraen a ciertos individuos como la miel a las moscas. El vicio del funcionarismo nos hace prever una enorme serie de desviaciones y por eso lo combatimos; y como vemos que la voz de la crítica no es admitida en los órganos de la Confederación, es justo que se dé hospitalidad en LA PROTESTA a los sanos pensamientos que se quiere sofocar en España. ¿Es que puede hacerse a la F. O. R. A. el mismo reproche? No, y por eso puede presentarse a los camaradas españoles la F. O. R. A. como un ejemplo digno de imitación, pues en su seno no hay espacio alguno para la formación de camarillas de funcionarios y sus puertas están abiertas de par en par para todo el que quiere trabajar en sus filas por la revolución libertaria.

Otro de los fenómenos que nunca combatiremos bastante es el resurgimiento de una serie de pequeños filósofos y literatos que se empeñan en someter a sus cánones metafísicos o a sus dogmas estéticos el desenvolvimiento del movimiento obrero. No ponemos en duda los méritos literarios de Felipe Alaiz, pero Felipe Alaiz metido a orientador de la Confederación, que esas pretensiones ha tenido, nos disgusta hondamente, por el simple hecho de no haber comprendido lo que es un movimiento obrero o por verlo a través de inquietudes estéticas. Hombres como Pestaña, Carbó, Peiró, con ciertas aptitudes para escribir, se forjan una filosofía sui géneris y luego montan en el asno de sus descubrimientos y quieren imponerlos a toda costa a un vasto movimiento social que tiene líneas generales definidas desde mucho antes de nacer todos ellos. Sería cosa de enseñarles un poco de historia de España a esas gentes. Aseguran que una organización obrera no puede ser anarquista, porque es una organización económica. No sabemos si es ese un argumento pasajero o sí es una arraigada convicción. Queremos creer que dicen eso sinceramente, que no se mienten a sí mismos, que obedecen a las más nobles inspiraciones, y aceptamos semejante afirmación, cien veces repetida, como un pensamiento arraigado en su mentalidad. Pero entonces queremos recordarles que la historia del movimiento obrero en España les acusa de traidores a un pasado glorioso que proclamaba altivamente desde la prensa y desde las organizaciones obreras: "En economía somos colectivistas, en religión ateos, en política anarquistas".

El movimiento obrero español está ligado a los anarquistas y a las ideas anar-

quistas de un modo tan íntimo que una separación no podría hacerla ni la sutilidad metafísica tan sorprendente de Peiró y de Carbó. En España no hubo nunca más que un movimiento obrero inspirado por el anarquismo; el anarquismo no se ha conocido como entretenimiento literario o como secta filosófica. Casi diez años antes de que apareciese el sindicalismo en Francia, se hizo en un congreso obrero de Barcelona el intento de una organización sindicalista. Los anarquistas salieron entonces del movimiento obrero y fundaron una Federación anarquista específica, pero, bien pocos años más tarde, la organización obrera volvió a manos de los anarquistas que no tenían miedo alguno de proclamarse tales e inspirar en ese sentido la organización, y la Federación anarquista se descompuso naturalmente. Si el movimiento obrero español ha escrito páginas tan gloriosas de historia, se debe a que los anarquistas lo inspiraron y se fundieron con él. He aquí, que ahora los dirigentes de la Confederación, escudados en la posibilidad que tienen de editar para su uso personal "Solidaridad Proletaria", sin dejar la palabra a ningún extraño a la camarilla dirigente, recomiendan a los anarquistas que formen una organización propia y que dejen en paz la Confederación. Y eso lo dicen gentes que se proclaman anarquistas fuera de los sindicatos. ¿Cómo no hemos de insistir sobre las desviaciones impuestas por los líderes confederales? ¿Cómo no hemos de llamar la atención de los camaradas sobre la trampa que les tienden para que se separen del movimiento obrero?

Se echa mano a Malatesta, a Fabbri, y a otros que no quieren las organizaciones obreras anarquistas. Pero España no es Italia; en España existe una tradición que no hay razones para desconocer caprichosamente. En España el movimiento obrero tiene sus características históricas y el que quiera romper con el pasado adquiere el compromiso de crear algo mejor que lo que la historia nos presenta. Sin embargo, los actuales inspiradores de la Confederación nos presentan, en lugar del movimiento obrero anarquista, tradicional en España, la panacea del sindicalismo — del sindicalismo que ha fracasado en toda la línea internacionalmente y que no existe ya más que en Francia en forma de corrupción y de confusión incurables. Los anarquistas españoles deben poner atención y no caer en el lazo que les tienden. La Confederación no es propiedad de los adversarios más o menos velados del anarquismo; es obra de los anarquistas, es un fruto de más de medio siglo de propaganda anarquista, y pertenece a los anarquistas. Que formen Pestaña y compañía la federación específica que proponen para los otros; que la formen y dejen los puestos de la Confederación a los anarquistas consecuentes, que es a quienes corresponden. Bien quisieran los filosofillos de "Solidaridad Proletaria" librarse de los anarquistas, porque preven el peligro de que los anarquistas se libren de sus panaceas y de ellos mismos.

La infección sindicalista se trasluce en cada frase escrita por los dirigentes perpetuos de la Confederación; no hay más que leer "Solidaridad Proletaria", para convencerse. Y esa infección sindicalista, que pretende expulsar al anarquismo de la organización obrera, no podemos tolerarla con los brazos cruzados, porque el movimiento obrero español es una preciosa herencia que todos, aunque no tomemos parte directa en él, tenemos el deber de conservar y de agrandar.

El primer paso para toda labor de reconciliación, para todo restablecimiento de la cordialidad, sería, pues, el reconocimiento de la finalidad anarquista del movimiento obrero español y la consecuencia con ese reconocimiento. Si tal hicieran los pequeños filósofos de la Confederación, todas las demás críticas y objeciones serían pasadas por alto, por ser secundarias. Olvidaríamos, no sólo errores de bastante monta, sino actitudes profundamente censurables, como la de Carbó, metido a censor de la labor revolucionaria de los españoles residentes en Francia, cuando no ha tenido durante su permanencia en París, mientras se preparaban los hechos de la frontera, un solo minuto para ponerse en contacto con los camaradas que iban a jugarse la vida, — y demostrando, al contrario, que prefería negociar con nuestros mortales enemigos. Todo lo olvidaríamos si los Pestaña, los Carbó y compañía, reconociesen la tradición gloriosa del movimiento obrero español y obraran en consecuencia. No es mucho pedir.

Para demostrar el espíritu antianarquista, velado tras ciertas pomposas palabras, que orienta a los orientadores de la Confederación, no habría más que leer el editorial del número 27 de "Solidaridad Proletaria" titulado: Sindicalismo y anarquismo. Al leer ese artículo, lleno de contradicciones y de añagazas, hemos afirmado nuestra previsión de la pérdida moral de unos hombres que fueron dóciles instrumentos de una época y luego llegaron, en su vanidad, a creer que habían sido los creadores de dicha época. ¿No llegan a suponerse esas pobres gentes que son los que dieron vida a la Confederación, que la Confederación es cosa suya? La vanidad no podría tener una expresión más ridícula.

Claro está, después de reconocer el anarquismo como inspirador del movimiento obrero en España y de obrar en consecuencia, no se escribirían artículos malevolentes y llenos de canallescas insinuaciones como el escrito por Carbó en el número 6 de la revista internacional anarquista. No es con esas estúpidas salidas de tono como se llega al restablecimiento de la cordialidad, que no hemos roto nosotros. ¿Es que hay derecho a decir que la campaña de LA PROTESTA se dirige contra la Confederación, por el hecho de encararse contra sus orientadores, que aparte de la más o menos velada oposición al anarquismo, han demostrado repetidamente que no saben lo que quieren? ¿Es que hay derecho a afirmar que sólo se trata de envidia y del afán de la F. O. R. A. de ejercer ella sobre los países de habla española la influencia que había venido ejerciendo hasta aquí la C. N. T.? Todo eso lo afirma Carbó, que sin embargo, en el congreso de Amsterdam, no quiso asumir ninguna responsabilidad por la campaña hecha en "Solidaridad Proletaria" contra LA PROTESTA y la F .O. R .A., atribuyéndola a pobres diablos que no saben lo que escriben. ¿Sabe él mismo lo que escribe?

D. Abad de Santillán

Por el sostenimiento de la Editorial

Concretando una iniciativa

Los militantes que se interesan por la difusión de las ideas anarquistas y no escatiman esfuerzos para que los principios emancipadores sean interpretados por la clase trabajadora, saben demasiado que la Editorial LA PROTESTA llena una alta función en el campo de la propaganda. Sobre ese asunto poco habría que discutir, pues no es admisible que un solo compañero desee que fracase esta primera tentativa de independizar la literatura anárquica de la tutela de las empresas editoras burguesas y de la explotación de los comerciantes del libro.

De acuerdo estamos todos en que es necesario editar los libros de nuestros escritores con arreglo a su texto original, librándolos a la vez del mercado libre-ro, especie de trust que somete a una tarifa el valor de las ideas y las expende con arreglo al gusto del público. Y en ese sentido la Editorial LA PROTESTA viene a destruir con su propia iniciativa ciertas reglas del comercio literario... oponiendo la cualidad a la cantidad y la selección a la falta de método que caracteriza a las empresas editoras burguesas.

Claro está que los libros que edita LA PROTESTA tienen la particularidad de que sólo los leen los obreros estudiosos y los anarquistas convencidos. De ahí que sólo al esfuerzo de los compañeros confiemos el éxito de tan importante como necesaria iniciativa. ¿Es posible cifrar esperanza alguna en lectores que no se interesen por nuestras cosas? La labor proselitista es lenta y no puede por ello ofrecer base segura a nuestra Editorial.

Hasta ahora, venciendo muchas dificultades, la Editorial LA PROTESTA lanzó a la circulación una regular cantidad de libros y folletos. Está empeñada en la edición de las obras completas de Bakunin — ya están en venta los dos primeros tomos — y en una serie de biografías de pensadores y hombres de acción de gran relieve en el campo de las ideas. Pero esa labor es en cierto modo superior a nuestras fuerzas. El trabajo es lento y penoso. Por falta de un fondo que sirva para responder al gran stock de libros que se van acumulando a medida que aumentan las ediciones, nos vemos obligados a esperar que se venda una parte de la última obra editada para iniciar la inmediata. Y en esa forma, claro está, el programa trazado tiene una lejana y problemática realización.

Estas dificultades se allanarían en parte llevando a la práctica la iniciativa del compañero Santillán, expuesta en los números del SUPLEMENTO correspondientes al 18 y 25 de mayo del año en curso. Propone Santillán que los compañeros se suscriban a la Editorial, por una determinada cantidad de obras — que se irían editando sucesivamente, de acuerdo con el programa trazado — con lo que adelantarían el dinero necesario para el fondo de reserva, salvando así el inconveniente de que hablamos. Llegar a los mil suscriptores, dice nuestro optimista camarada, sería el ideal del momento, puesto que se conseguiría acelerar la edición de las obras completas de Bakunin y otras que esperan turno. ¿Es ello posible?

No abriremos juicio sobre esto último. Sólo queremos concretar la iniciativa de Santillán en forma que parezca más visible. He aquí lo que de hecho proponemos a los interesados en adquirir las obras que edite LA PROTESTA:

Una suscripción a cinco o a diez tomos, que abonarían los compañeros por adelantado y a razón de $, 1.20 el tomo, de las grandes obras editadas y a editarse, comprendiendo en ellas el libro *Errico Malatesta* de Max Nettlau, el primero y el segundo volumen de las obras completas de Miguel Bakunin y los sucesivos libros que se vayan editando.

Como decimos más arriba se harían recibos por valor de seis y doce pesos, que corresponderán a cinco y diez volúmenes, respectivamente. Los pedidos se harán directamente a la Administración y se enviará recibo con la primera remesa de libros (se entiende, de los ya editados) y sucesivamente, a medida que se editen, se enviarán los restantes hasta llenar la cantidad estipulada en la subscripción.

Las ventajas de esta iniciativa están patentes. Los subscriptores de la Editorial se economizan unos pesos y al mismo tiempo contribuyen al desarrollo del programa trazado por la Administración de LA PROTESTA y por el compañero Santillán, el más eficaz y entusiasta colaborador de la obra divulgadora que realiza el diario anarquista en esa faz de la propaganda escrita.

Esperamos que los compañeros sabrán responder a esta iniciativa. La Editorial LA PROTESTA necesita mil suscriptores. No es mucho para nuestra colectividad y con un pequeño esfuerzo llegaremos a ver realizada esta pequeña aspiración. Querer es poder. Tenéis la palabra, anarquistas.

No hay dogma económico

Sanciona el codigo la propiedad en la forma en que actualmente está constituida, niégale su sanción la ciencia, señalando a su orígen principios diametralmente opuestos a los que le atribuye el legislador.

Resulta, pues, un antagonismo entre el hecho y el derecho que entraña por una parte el ataque y por la otra la resistencia, y que da orígen por natural consecuencia a penosa crisis que ha de resolver en su día una evolución que formará época en los anales del progreso.

Este antagonismo trasciende naturalmente a la vida social, donde se halla representado por dos agrupaciones distintas y perfectamente deslindadas que tienen preocupaciones, ideas e intereses diferentes y opuestos.

Una de dichas agrupaciones se halla en posesión de la tierra, del capital, de los grandes instrumentos del trabajo, de la ciencia y de la autoridad; es decir, posee, sabe y manda.

La otra vive al día, no tiene más medio de subsistencia que el trabajo asalariado, sólo recibe la instrucción primaria (y eso únicamente en los grandes centros de población), vejeta en medio de las mayores privaciones; es decir, no posee, ignora y obedece.

En oposición con el hecho social que dejamos bosquejado se hallan éstas consideraciones de perfecta justicia:

La tierra, el aire, la luz, productos naturales, anteriores al hombre y por consiguiente anteriores a la sociedad, no pueden vincularse en una persona, en una familia o en una categoría de personas.

El capital, trabajo producido, en cuya producción pueden intervenir diversos factores, no puede considerarse como la propiedad exclusiva de una persona, de una familia o de una clase.

La ciencia, producto de la observación, del estudio y de la metodización de todas las generaciones que nos han precedido, no puede considerarse como el patrimonio exclusivo de los posesores del capital.

Los grandes instrumentos de trabajo, aplicación de la ciencia a la producción, no deben ser propiedad exclusiva de un gran acaparador ni tampoco de una sociedad de capitalistas

El desconocimiento de estas sencillas nociones ha producido las dos agrupaciones de que dejamos hecha mención, debiendo considerarlas la primera como acaparadora y expoliadora, y la otra como despojada y desheredada.

Acaparadora y expoliadora, porque atesora riquezas que no produce y se reserva los medios de continuar indefinidamente el mismo acaparamiento, la misma expoliación.

Despojada y desheredada, porque constituyendo la tierra, el capital, la ciencia y los grandes instrumentos de trabajo un patrimonio universal, sólo participa de él una clase constituida en mayorazgo, especie de *hereu* social, privando de la justa participación a todos los trabajadores.

Tal es el hecho que se ha querido revestir de la autoridad de derecho y que los legistas y no pocos economistas presentan como dogma social.

Nosotros, que sólo aceptamos la verdad demostrada y que rechazamos todo dogma, mucho menos aceptaremos este que en tan grande oposición se halla con la verdad y la justicia y que además es causa de males innumerables, de infinitas víctimas, y promete, dado su arraigo, continuar sus desastrosas consecuencias hasta que la razón, abriéndose paso, sustituya el actual régimen social con otro en armonía con la ciencia.

Y si combatimos el dogma en todas sus manifestaciones, ora como código, ora como argucia de leguleyo, ora como sofisma de economista venal y adulador, combatimos no menos energicamente los pa-

liativos con que se pretende hipócritamente atenuar el mal.

En efecto, dueños, los acaparadores y explotadores de ellas, fingen querer remediar el mal que de una manera tan lamentable se presenta, y reconociendo que en el individuo existe una tendencia natural al mejoramiento propio, predican el ahorro, prometiendo, a los que lo practiquen constantemente, la elevación sobre el nivel general; convencidos de que no basta tocar la cuerda del egoismo para contener la masa de los desheredados, predican también la caridad, y amalgamando así el egoísmo y el altruísmo se produce un compuesto que pudiéramos llamar la resignación, con lo cual se logra que todos en revuelta confusión seamos víctimas y complices del desbarajuste social.

Respetamos el ahorro cuando no degenera en avaricia y no lleva al individuo a cometer actos de insolidaridad: respetamos la caridad, no en su sentido místico, sino considerada como sentimiento que lleva al individuo hasta el heroísmo y la abnegación por sus semejantes, pero los detestamos y no los consideramos como virtudes sino encubridores y causantes de grandes males, cuando sirven de reparos y paliativos a injusticias trascendentalísimas.

En pugna con esa hipocresía admiramos la cínica franqueza de aquel economista que se atrevió a decir que el que no encontrase cubierto en el banquete de la vida, no tenía derecho a quejarse, sino a morir.

Queremos la verdad en las ideas y la justicia en los hechos, y ejercitando nuestro derecho y sirviéndonos de la razón juzgaremos todas las doctrinas y condenaremos todos los abusos, sin que nos detengan en tan noble propósito los vanos respetos de que pretende rodearse el error y el vicio arraigados por el transcurso del tiempo y por las influencias de los poderosos, porque juzgamos que nuestra tarea no debe limitarse a afirmar nuestro derecho de pensar libremente, que éste todo individuo lo tiene aún en los tiempos de dominación más absolutista, sino que nos proponemos quitar creyentes a todo dogma para proporcionar prosélitos a la ciencia y con ellos allegar elementos a la obra de la transformación social.

ANSELMO LORENZO — 1887

EL ARTE

No está el arte en meterse por los escondrijos del idioma, y desparramar por entre los versos palabras arcáicas o violentas; ni en deslucirle la beldad natural a la idea poética poniéndole de tocado, como a la novia rusa, una mitra de piedras ostentosas; sino en escoger las palabras de manera que con su ligereza o señorío aviven el verso o le den paso imperial, y silben o zumben, o se arremolinen y se arrastren, y se muevan con la idea, tundiendo y combatiendo, o se aflojen y arrullen, o acaben, como la luz del sol, en el aire incendiado.

José MARTÍ

POR LOS SALONES

FABIANO.—

Este dibujante ha sido, en cierto modo, popularizado por el órgano de la calle San Martín. Es uno de los inevitables hallazgos de los dirigentes de ese rotativo, quienes están exentos del menor olfato artístico y carecen de la necesaria noción orientadora para discernir, aquilatar y reconocer, estableciendo una escala de valores. Hasta nuestros días no supo, ni quiso vestirse, no diremos a la moda, sino con decencia estética. Los dibujantes que desfilaron por sus páginas, con honrosas y raras excepciones, no se distinguían en mucho de aquellos dedicados a los dibujos industriales que aparecen en los avisos, anunciando tal o cual producto.

Fabiano es un periodista del lápiz, ni peor ni mejor que Briand de Grineau. Por lo menos éste, viajando, desempeña simpáticamente la misión de Kodak, aunque no sabemos nunca cuando nos hallamos en el Japón o en Andalucía. Por lo demás, el detalle geográfico sería bastante desdeñable si sus cosas tuvieran mayor poder expresivo, consideradas plásticamente. Pero se trata de Fabiano, dibujante itálico-parisién.

Si lo comparásemos a un cronista social, más por la propensión a adular que por el hecho mismo, no sería tan desacertado. Fabiano adula el vicio, adula todo lo que es porquería dorada. Las ilustraciones expuestas en "Los Tilingos del Arte", lo evidencian hasta la saciedad y ellas se hallarían muy en su lugar estampadas en las hojas de algún "*Mimí*" o el "Almanaque de la perfecta demi-mondaine". En lo que atañe al valor o excelencia artística de la *grafia* lineal, ella no encierra volúmenes ni nada sugiere. Es un dibujante de los tantos mediocres que se propagan con la prolífera abundancia de los hongos al pié de las encinas mayores. Es decir, de los maestros de quienes ellos derivan.

E. SINET.—

Si alguno dudara de la autenticidad de las escenas cuzqueñas y casi todas de un marcado sabor incáico, nosotros, que conociéramos y viéramos en la calle de la Unión, de Lima, unos cuadros de este artista, prestamente empeñaríamos nuestra palabra de honor, afirmando que no sólo son auténticas, sino que fueron todas realizadas sobre el lugar. Guiado, como amigo y mentor, en costumbres peruanas, por un retratista limeño de algún mérito — Cossio y Pomar — Sinet permaneció en el Cuzco durante algún tiempo. Un pastel exhibido en la vitrina de un anticuario de la cuadra de Plateros, nos hizo una inmejorable impresión. Tratado con luminosidad, en un dibujo libre y expresivo, nos infundió acerca de este pintor una opinión que resultó totalmente diferente de la que tuviéramos ahora, al visitar lo expuesto en la primera sala de "Los Tilingos del Arte".

ARMANDO SPADINI — "La familia del artista"

Sinet, que hubo de conocer a Gauguin, el infortunado artista de las islas tahitianas, dió a entender en un reportaje inserto en la revista limeña "Mundial" y firmado por Cossio Pomar, que él también había sido poseído por el afán curioso de visitar países exóticos en donde la primitividad de las costumbres les otorga un aspecto totalmente opuesto a los países más o menos civilizados.

Con mucha pena, por saberlo un artesano amoroso de su arte, debemos confesar que estas composiciones, en su mayoría pasteles, no corresponden al esfuerzo empleado en ellas. Tal vez no era necesario llegar hasta Perú y trepar a los collados y montañas del Cuzco para luego dar con tan franciscano resultado. Nadie que no haya vivido en la ciudad en otrora imperial, y en sus contornos, podría imaginarse el tesoro de motivos que allí existe, inhallable en otras partes. Empezando por la calidad de la luz, que matiza de una manera especial los objetos, las figuras, la arquitectura, la conformación del paisaje andino, todo contribuye a darnos una visión esplendorosa de lo ensoñado, de lo nunca visto. Particularmente, se sella y se troquela con características inconfundibles y de un acuerdo absoluto entre el azul vívido de porcelana china del cielo, de los tonos calientes de la tierra y cerros, con la opalescencia de las cumbres andinas y al fin con los personajes, cholos y cholas, vestidas abigarradamente.

¿Pudo Sinet representar en sus innumerables obras esta visión fantástica de color, de luz, y la fuerza de su carácter peculiar? Doloroso es confesar que no. No nos referimos a la labor étnica ni a la fidelidad arqueológica, fuera de lugar en el arte; no; simplemente, quisiéramos que dibujara con más firmeza, con más comprensión y que no ennegreciera sus tonos, sin el menor motivo para ello. Un solo óleo fué más o menos cabalmente realizado en su construcción y en la luminosidad de su atmósfera. Después, es cierto, hay varios pasteles en los que se expresa bastante bien lo que quiso decirse, ya por las masas tonales o por la línea.

Advirtamos, después de todo, que Sinet es respetable por su labor de honestidad artística y por la modestia explícita de sus obras. No desea ni quiere engañar a nadie.

Los tres cerdos

(APOLOGO MARXISTA)

Había una vez tres cerdos, metidos en una bolsa. El hacinamiento resultaba irritante, y la asfixia consiguiente parecía inevitable. Cada uno de los obesos animalitos, daba a la calamidad que le ocurría, una causa diferente.

El primer chancho comenta lastimeramente:

—Este hacinamiento es indudablemente terrible, ya que es causado por hallarnos metidos en esta bolsa.

El segundo chancho gruñó:

—Sí, el hacinamiento es siempre desastroso; pero debemos tomarlo como una consecuencia natural, ya que nos sucede por ser nosotros unos chanchos...

El tercero, un personaje doctoral, aunque cerdo, habló grave y sentenciosamente:

—Este hacinado aglomeramiento es en verdad asqueante, mas ustedes se hallan en un gravísimo error en lo que concierne a las causas y factores que lo producen. Se engañan en cuanto afirman que las pertinentes causas a que se debe, son porque estamos metidos en una bolsa, ni tampoco por nuestra naturaleza de chanchos. No, eso no.

Esta grandísima calamidad social es el resultado directo, ineludible de ciertas variaciones espasmódicas en el fiel de la balanza de la ley de utilidad económica.

Al pronunciar el "he dicho", como cualquier diputado o senador, se sentó sobre sus dos compañeros.

Entre la impresión profunda que les produjera el discurso y la presión aplastante, eligieron al doctoral chancho como jefe.

El "gallego repartidor"

Loo tus veinte años,
jayán robusto, amigo que vinieras
desde un lejano pueblo de provincias
hasta estas duras tierras,
insuflado de amor y de optimismo
como un barco de vela.

Loo tus veinte años
que llegaran a América,
heridos por el ansia del trabajo
y la justa quimera
de hacer unos pesotes
que aliviaran las penas
a tus dos pobres padres
y al montón de hermanitos que en tu [tierra
se quedaran llorosos aquel día
que contigo partieran
tus veinte recios años
y tu alma en flor, como una rosa fresca.

Y al verte así, jayán, en este día
de calor, sudoroso, como bestia
delante de un carrito de reparto
con el que el pan hasta otras manos llevas;
ese trágico pan que es el motivo
del cuotidiano drama de tu brega,
ese pan que es tan caro
ya que ganarle honradamente cuesta;
he pensado en lo falso y en lo irónico
del Progreso que cruza por tu vera
hecho automóviles, tranvías, ómnibus...
Mientras tú, humana bestia,
tiras de tu carrito trajinante
como animal de noria al yugo presa.
(El yugo del bulímico patrono
que, con auto y queridas veranea
y el que miles y miles de jornales
de esos por uno de los cuales bregas,
él se los dilapida entre el champaña
al lúgubre girar de una ruleta...)

Jayán robusto, amigo que algún día
cruzaras a la mar en ardua empresa,
insuflado de amor y de optimismo
como un barco de vela:
¡Ve hacia tus padres y tus hermanitos
y tu alma en flor de rosa pura llévales,
trabaja junto a ellos las campiñas
y empuja con tus músculos su hacienda,
mas con la frente al sol, como las flores,
no a un yugo atado, tal como las bes- [tias!...
Galleguito: tu alma, flor de auroras,
canta en ejemplo un singular poema,
el poema glorioso del trabajo:
maternidad del hombre hecho faena...
Por tus viejucos, por tus hermanitos,
¡vete muchacho, vete a tu aldehuela!

JUAN GUIJARROS

El pobre rico

Hubo un hombre que, habiéndose acostado, no pudo dormir en toda la noche.

Pensaba:

—¿Por qué es la vida tan penosa para los pobres? ¿Y por qué los ricos acumulan tanto dinero? Tienen cajas llenas de oro, y sin embargo privanse de todo, para seguir amontonando. Si yo fuera rico no viviría de igual modo; daríame buena vida y procuraría que no fuese peor la de los demás.

De pronto oyó una voz que le decía:

—¿Quieres ser rico? He aquí una bolsa; no hay en ella más que un escudo; pero en cuanto lo saques, otro lo reemplazará. Saca todos los escudos que quieras y en seguida echa la bolsa al río. Mas antes de echar la bolsa no gastes ninguno de los escudos, porque el resto se te volverá piedras.

Y apenas había sacado un escudo, en el fondo de la bolsa vió que surgía otro.

—¡La felicidad es mía! —murmuró —. Toda la noche pasaré contando escudos y mañana seré rico. Mañana echaré la bolsa al agua y desde entonces viviré cómodamente.

Pero llegada la mañana cambió de parecer.

—Si quiero tener el doble — esto se dijo —, con estar un día más ante mi bolsa, lo tendré.

Y también pasó aquel día extrayendo. Al día siguiente más, más al otro, más... No podía decidirse a dejar la bolsa.

En esto sintió hambre y entonces recordó que sólo disponía de alguno que otro pedazo de pan negro.

Ir a comprar otra cosa era imposible, porque habría querido comer, pero de ningún modo separarse de la bolsa. Comió, pues, el desgraciado, de aquel pan negro y duro; luego continuó sacando oro.

Ni aun por las noches descansaba.

Pasó de este modo una semana, un mes, un año.

¿Quién se hubiera contentado teniendo cierta cantidad?

Todo el mundo quiere acaparar lo más que puede!

El hombre hace una vida de mendigo: ¡ha olvidado que deseó vivir para su placer y el de sus semejantes!

De vez en cuando toma una resolución: aproximarse al río para arrojar la bolsa al agua; pero se arrepiente, y se retira al punto. Hoy está viejo, amarillento como su oro, mas no puede cesar en su tarea.

Y así muere, pobre, sentado sobre un banco y con la bolsa entre las manos.

LEON TOLSTOY

EL PUDOR

El pudor es muy análogo a ese temor que hace huir al pájaro hasta de las caricias, que son para él un magullamiento. La misma mirada tiene algo de duro y de inquietante, como la mano. ¿No es al fin una prolongación del tocar? Además, hay en el pudor de la joven un sentimiento más elevado y más humano: el miedo del amor mismo, el temor a una cosa nueva, desconocida; el temor de ese instinto tan profundo y poderoso que se despierta y habla en nosotros después de haber permanecido en silencio, que entra súbitamente en lucha con las demás fuerzas del ser, que promueve la guerra en nosotros.

Es cierto que la pureza es una fuerza; con una pequeña punta de diamante es con lo que se perforan las montañas y hasta los continentes. Pero el cristianismo ha confundido demasiado la castidad con la pureza. La verdadera pureza es la del amor. Se puede decir que la castidad verdadera está en el corazón, que sobrevive a la del cuerpo y que cesa allí donde se convierte en impotencia, en restricción, en obstáculos al libre desenvolvimiento del ser entero.

Por otra parte, nada mancha tanto el espíritu como una preocupación demasiado exclusiva, demasiado perpetua, de las cosas del cuerpo; la atención incesantemente atraída de este lado evoca necesariamente imágenes impuras.

La virginidad recoge toda su gracia de cierta ignorancia; cuando llega a ser demasiado sabia por conocerse a sí misma, entonces se marchita.

GUYOT

LA REACCION

Juan Piedra es rarísimo. Tiene inteligencia y dinero; y derrocha ambos de bien original manera. Alguna vez he de narrar su vida, llena de rasgos que pueden parecer injustos o arbitrarios; pero que son originales. Revelan una personalidad, y esto de revelar una personalidad tiene más eficacia ética que todos los sermones religiosos y laicos: son manchas de color sobre esa cosa gris, chata, fría, dura y uniforme que se parece a un empedrado y que se llama "el público".

•

Juan Piedra y yo pasábamos ante un pordiosero, el que le alargó la diestra. Metió él la mano al bolsillo, sacó una moneda e hizo ademán de dársela; pero no se la dió y volvió a guardarla. El pordiosero burlado hizo una mueca de resignación y estiró su mano a otro paseante.

Yo nada dije; pero quedé estupefacto.

Más adelante, dimos con otro pordiosero, y volvió Juan a sacar la moneda y a no dársela, siguiendo de largo. El pordiose borbotó un insulto; Juan Piedra se volvió a él y, en lugar de una moneda, le dió un papel de cien pesos.

—Tome, le dijo, cómprese ropa, váyase a una casa de baños, asésee; y luego preséntese aquí — le dió su tarjeta. —Hasta luego a la noche.

Seguimos, a los veinte pasos volví la cabeza. Todavía nos miraba el pordiosero, y con el papel de cien pesos en la mano.

•

Lo interrogué a mi amigo:

—¿Qué ha hecho? ¿Por qué ha hecho eso?

—Pienso redimir a ese hombre redimible, me respondió. Pienso acomodarlo, ayudarlo a conquistar su puesto de hombre nuevamente.

—¿Y al primer pordiosero, por qué no lo ayudó Vd.?

—Porque el primero es irredimible. Cuando un hombre es burlado así como yo lo burlé, y se resigna, ya no tiene salvación. No reacciona más. Ya ve el otro cómo reaccionó en seguida frente a la burla, y me insultó. Aun tiene un resto de altivez con la que puede conquistar nuevamente su puesto entre los hombres. Es un enfermo que puede llegar a la salud, aun conserva energía vital para ello.

Le voy a dar una inyección para ayudarlo a reaccionar, eso es todo. El primero, ¡bah!, es un agónico; ese debe morirse cuanto antes. Su resignación está muy avanzada. Es un paralítico espiritual que ya no puede adquirir voluntad, o sea movimiento. Ya no puede ser hombre. Yo, para hacer mi gusto, le pegaba un tiro.

Álvaro Yunque

—•••—

IDEAS

Los que nunca han experimentado el placer de pensar algo, de decir algo, de hacer algo en beneficio de la vida y del porvenir de la humanidad, no han comprendido el significado de la vida, no han sentido vibrar en lo más íntimo de su naturaleza las palpitaciones de la vida, en una palabra, no han vivido nunca.

El mundo es de los que piensan. El porvenir está en el pensamiento, como la vida en el ideal. En la naturaleza vive únicamente todo aquello que puede ser renovado, transformado, mejorado. Cuando un cuerpo pierde esta facultad de renovación y mejoramiento, ha perdido con ello el principio esencial y vital de la vida. Mientras la humanidad posea un ideal del porvenir, su vida será mejorada por el esfuerzo constante en pro del ideal: la Anarquía.

Cuando la vida de la humanidad haya sido redimida de las miserias morales y materiales que le ocasiona el maldito principio del autoritarismo, por los ideales de la anarquía, ¡oh, quién sabe cuántas maravillas alentarán la vida y el espíritu de esas generaciones!

LIBERATOR

Un tomo en 8°. de 268 págs. $ 1.20

¡ABAJO LA GUERRA!

El rechazo del protocolo de Ginebra, que impediría la guerra y aseguraría la paz de Europa, era un síntoma. No porque el pacto de la Liga de las Naciones hubiera sido alguna garantía de impedimento de la guerra. Los gobiernos que discutieron en Ginebra sobre el pacto de paz y sobre el desarme, se preocupaban sin embargo en París, en Londres, etc. de la "seguridad" en forma de un armamento que se superase recíprocamente. El fracaso del pacto de la Liga de las Naciones es, no obstante, un signo expresivo de la situación en que se encuentra hoy Europa. El senador belga *de Brocqueville*, presidente de ministros durante la guerra mundial, declaró hace unas semanas: "Estamos en una situación más peligrosa que en 1914." Hace unos días dijo el ministro inglés de negocios exteriores, *Austen Chamberlain*: "Si no se modifican las actuales perspectivas, si no podemos restablecer la confianza y la seguridad en la vida internacional, Europa marcha lenta ,pero seguramente, por la vía de una nueva catástrofe."

También los jefes de la Internacional sindical socialdemócrata, parece que son conscientes de ese peligro. En su manifiesto del primero de Mayo dicen al proletariado internacional, con razón: "¡Por el desarme, contra el militarismo y la guerra fratricida!" — También antes de 1914 redactaron los socialdemócratas manifiestos contra la guerra y contra el militarismo. "La guerra, se dice más adelante, — la quiere sólo la clase poderosa, pues aparte de ella, nadie tiene algo que ganar, sino todo que perder". En agosto de 1914 se dijo, sin embargo, que la defensa de la "patria" de las clases posesoras significaba la defensa de los intereses de los trabajadores y del socialismo. Y como conclusión declaran los apóstoles de la paz civil durante la guerra y después de la guerra, sin cuya ayuda no habrían podido realizar la guerra las clases posesoras ni aniquilar la única "conquista" de la revolución que quedaba — las ocho horas: "Que el yugo capitalista nos oprimirá y nos aniquilará si la jornada de trabajo es demasiado larga y en tanto que los soldados pueblen los cuarteles." ¿Los trabajadores, pues, deben abandonar los cuarteles? ¿Y los barcos de guerra? ¿Y las fábricas de municiones? ¿Deben resistirse, en una palabra, a los preparativos de guerra? Los hechos de la socialdemocracia de todos los países, demuestran lo contrario. ¿Qué calificativos se deben usar contra esos "jefes obreros" que se atreven a declarar el primero de Mayo que el proletariado será esclavizado mientras los cuarteles sean poblados, y, sin embargo, cooperan durante todo el año a poblar esos cuarteles? ¿Que en realidad combaten todo antimilitarismo de la acción y engañan demagógicamente al proletariado con su antimilitarismo fraseológico frente a una nueva guerra mundial amenazadora y tras las experiencias de la anterior? Pero también: ¿Qué se puede esperar de un proletariado que se quiere dejar engañar siempre por sus jefes?

En Inglaterra, durante el gobierno socialista "antimilitarista" de Mac Donald, se construyeron cinco nuevos barcos de guerra y se continuó fortaleciendo sin cesar la flota aérea. El presupuesto para la flota aérea solamente, asciende, en 1924-25, a 15 millones de libras esterlinas.

En Francia, los socialistas votaron el presupuesto de guerra y hasta un "fondo secreto". El socialista *Paul Boncowrt* es el principal propulsor de una ley para organizar toda la nación en caso de guerra.

En Holanda, son transformadas en hechos todas las hermosas palabras del manifiesto mencionado: los antimilitaristas revolucionarios y los que se resisten al servicio militar, que prefieren la prisión a los cuarteles e incitan en sus hechos y en su propaganda a los soldados a abandonar los cuarteles, son violentamente combatidos por la socialdemocracia.

En Bélgica, al mismo tiempo que es dado a conocer el manifiesto contra la guerra y el militarismo, un miembro distinguido de la segunda Internacional, el chauvinista *Vandervelde*, publica su programa de gobierno. En vano se busca en él una declaración en el sentido de liquidar los cuarteles.

En Australia, declaró el ex ministro de la guerra, *Deutsch*, el creador de la guardia pretoriana socialdemócrata — llamada guardia de defensa republicana, que los socialdemócratas, claro está, no son guerreristas y ciertamente tampoco son partidarios de una gran política armamentista, pero que creen que un Estado como Australia no es imaginable sin fuerza armada... El 11 de diciembre de 1924 publicó el "*Arbeiterzeitung*, órgano central de la socialdemocracia de Austria, un artículo de fondo titulado: "El ejército y los obreros", en donde se lamenta el poco éxito de los reclutamientos para el ejército federal, en tanto que, dada la época de desocupación, habría sido de esperar una gran masa de solicitantes. La causa estaría en el régimen reaccionario del general Vaugoin. "El señor Vaugoin ha hecho que muchos prefieran toda la miseria de la desocupación

antes de decidirse por el oficio de soldados." Se debería suponer que el *Arbeiterzeitung* alabaría la firmeza de carácter de esos obreros austriacos, tanto como la táctica del general reaccionario, a quien habría que agradecer que el antimilitarismo de la frase se convirtiera en antimilitarismo de la acción en el país de los Bauer, de los Renner y de los Deutsch. El *Arbeiterzeitung* juzgó el asunto, sin embargo, de otro modo. Justamente porque el ejército es reaccionario, los compañeros debían hacer ingresar en él a obreros valientes, a compañeros conscientes, pues esa es una tarea "al menos tan importante como la de conquistar votos en tiempo de elecciones"... El 19 de diciembre de 1924 se podía encontrar en el mismo periódico un anuncio para "poblar los cuarteles", es decir, según el manifiesto del primero de mayo, para eternizar la opresión y la esclavitud:

"*¡Ingresad en el ejército!*

¡Los contingentes no están cubiertos aún!

Como se han presentado a la admisión en el ejército unos 2.000 jóvenes menos de los que pueden realmente ser admitidos, cada uno de nuestros compañeros que desee ingresar en el ejército tiene la probabilidad de ser recibido. Vaya, pues, a todos los jóvenes socialdemócratas desocupados la exhortación a solicitar de inmediato la admisión en el ejército".

El primero de mayo los partidarios de la Internacional de Amsterdam harán demostraciones en Austria bajo la consigna: "contra la población de los cuarteles" y escucharán los discursos de los mismos jefes que los incitaban hace seis meses a ingresar en ellos. El infame engaño del "antimilitarismo" socialdemócrata, que no deja la patria en la estacada en la hora del peligro, se manifiesta hoy en tiempos de paz tan evidentemente que sólo un ciego mental podría creer en una acción socialdemócrata para impedir realmente la guerra.

Hoy es más necesario que nunca para los anarquistas y los sindicalistas revolucionarios el desenmascaramiento de la oposición aparente a la guerra por los socialistas autoritarios y el desenvolvimiento de una vigorosa propaganda antimilitarista revolucionaria. Hay que recordar siempre las palabras de Rocker en el discurso famoso: "¡Abajo los martillos, abajo las armas!"

"En los congresos mundiales se ha gritado con frenético entusiasmo: "Abajo las armas!", pero no se ha tenido el valor moral de dejar caer los martillos que las forjaban. No tenemos derecho alguno a murmurar sobre nuestra esclavitud mientras forjemos nosotros mismos nuestras cadenas. La negativa a producir armas es la única garantía para poner fin al asesinato colectivo".

Como desde la última guerra la beligerancia técnico-mecánica en relación con el material humano se ha hecho cada vez más importante, la exigencia de rehusarse a todos los trabajos del armamento recibe cada vez mayor significación.

El "desarme" general no es de ningún modo una solución definitiva del problema de la guerra, pues aunque el desarme tuviera lugar, hoy no hay ninguna garantía, absolutamente ninguna, de que el Estado, con sus medios de poder, no vuelva a introducir mañana el armamento. La ma-

tanza colectiva organizada, amenazará a la humanidad mientras exista una organización de Estado que posea los medios para ello. *Una lucha contra el militarismo y contra la guerra es imposible sin la lucha contra el Estado.*

Nos amenaza una segunda guerra mundial. Que los anarquistas y los sindicalistas revolucionarios se den cuenta de su misión y de su responsabilidad. La lucha contra el Estado, la negativa individual y colectiva, el boicot y la destrucción de la industria de los armamentos, en una palabra, el antimilitarismo revolucionario aniquilará la guerra, o la guerra aniquilará a los trabajadores. Sólo los métodos del antimilitarismo revolucionario son capaces de salvar una revolución social de una dictadura de Estado y de una militarización y de garantizar una pacífica evolución de la sociedad.

La época de los manifiestos y de las demostraciones contra la guerra ha pasado. El antimilitarismo será un *antimilitarismo de acción* o no será.

A. MUELLER LEHNING

París, 18 de abril de 1925.

—•••—

BIBLIOGRAFIA

Rocker Rudolf — HINTER STACHELDRAHT UND GITTER. Verlag Der "Syndikalist", 424 págs., Berlín 1925.—

He aquí un libro que sobrevivirá de entre los millares de volúmenes escritos sobre la gran guerra; además de tratar de una manera magistral una página de historia olvidada generalmente, la vida de los prisioneros en los campos de concentración durante la guerra, contiene tal cúmulo de documentos significativos del nivel cultural y del estado de ánimo de una de las épocas más memorables de la historia de la humanidad, que su lectura y su consulta será útil para las generaciones actuales y para las venideras. La tragedia vivida por Rocker en los cuatro años de internamiento en Inglaterra durante la gran hecatombe, los cuadros de dolor y de espanto que describe, el velo de los misterios psicológicos que descubre, los caracteres que nos presenta conviviendo en un campo de concentración, los millares de detalles simbólicos que supo expresar y exponer, todo eso hacen del nuevo libro de Rocker una obra perdurable.

Los veinticuatro capítulos que componen el libro, de más de 400 páginas bien nutridas, se leen como una novela, pero una novela vivida y real, que provoca reflexiones amargas y lágrimas. El estilo es fluido y sencillo, sin amaneramientos ni frases rebuscadas y da la sensación de estar escuchando al autor en un mitin o en una conferencia. Para todos tiene interés este libro, para los revolucionarios y para los que no lo son, pero para los anarquistas tiene el doble mérito de presentarnos un fragmento de la vida misma de Rocker, un esbozo de algunas de sus ideas básicas, un contacto espiritual con muchos de nuestros más famosos camaradas y sobre todo un carácter firme y convencido que se esfuerza por comprender las miserias humanas y por reparar el mal y la injusticia.

Hinter Stacheldraht und Gitter es una especie de fundamento para nuevos trabajos, especialmente para uno sobre el nacionalismo que hará época en la literatura libertaria.

No queremos entrar a detallar el contenido de este libro; bástenos anunciar su aparición. Pero es bueno aprovechar la ocasión para recordar que después de la guerra Rocker no sólo ha ocupado el primer puesto de orientación y de responsabilidad en el movimiento anarquista a causa de sus conocimientos extraordinarios y de su abnegación a la causa que defiende y que es la nuestra, sino que va creando una obra de exposición doctrinaria y de propaganda que continúa dignamente el puesto que dejó vacío en nuestras filas la desaparición de Pedro Kropotkin.

D. A. de S.

ESBOZO DE HISTORIA DE LAS UTOPIAS

II

Al hablar de las *utopías*, incluyo necesariamente también las utopías autoritarias que forman la gran mayoría. Porque se sabe hasta qué grado son raras las expresiones más antiguas de un sentimiento libertario y que los rebeldes obraron ante todo directamente o sucumbieron a las persecuciones y hasta su memoria se ha perdido, de suerte que sus productos literarios fueron cada vez más raros y a menudo se perdieron. En general es preciso contentarse con el hecho de que el autor de una utopía tenía casi siempre en vista un estado de cosas mejor que el de su tiempo, pero no podía desembarazarse más que incompletamente de la mentalidad de su época, que permanecía, pues, con la mayor frecuencia autoritario, pero que la masa de las utopías presenta una larga escala entre los que aceptan la autoridad sin ninguna reflexión, los que creen necesario aumentarla, reglamentándolo todo, y los que trataron lo mejor que pudieron de disminuirla, de hacerla desaparecer, o, al menos, de buscar lo que ellos creían garantías contra sus abusos. Las utopías presentan así el espíritu humano en relación con la autoridad, considerada como panacea por los unos, instintivamente puesta en tela de juicio por los otros: ¡cómo se habría podido desembarazar uno de ella si hasta los espíritus más aventurados que se mueven libremente en un terreno creado por su propia fantasía, no supieron casi nunca pasarla por alto! Ahora ha llegado ese momento, pero los primeros investigadores, de hace millares de años, no habían llegado hasta ese punto.

Las utopías surgen del medio gubernamental, municipal, educativo, de la conciencia de la injusticia social, del acaparamiento de la tierra, de la crítica de las costumbres, etc. Los *griegos* han cultivado ese género en alto grado, sin que su país haya visto entonces grandes convulsiones sociales; los *romanos* no han escrito utopías, pero tuvieron las luchas ásperas de los plebeyos contra los patricios, las luchas agrarias de los Gracos y las luchas a muerte de los esclavos del tiempo de Espartaco contra los amos de esclavos; han visto aun el idealismo y la abnegación de los primeros cristianos, pero también la pérdida de las ideas sociales del cristianismo primitivo hasta la creación de una superstición y de una jerarquía cristianas tan reaccionarias como las que han devorado y consumido al pueblo romano con todos los elementos sociales que contenía, para hacer sufrir a la civilización de ese tiempo un eclipse general. Los griegos habían atravesado épocas de tiranías locales y de feudos y guerras interiores intolerables, a través de las cuales se conservaron las tradiciones de un estado mejor que la fantasía popular y el odio a los tiranos presentes transformaron en el mito de la *edad de oro* cantado por Hesiodo y algunos siglos más tarde también por Empédocles. Habían visto reformas agrarias y un estatismo rígido en vigor en Esparta, que más tarde, sobre todo por Ephoro, fué idealizado como el comunismo de Licurgo. Atenas sufrió cambios de constitución muy sutiles donde la democracia fué más bien sumergida por la demagogia, lo que hizo idealizar un estado antiguo más puro, que es lo hecho por Isócrates. Se discutieron absolutamente todas las cuestiones sociales — excepto la de la esclavitud que fué *tabu;* — las comedias antisocialistas del aristócrata Aristófanes lo testimonian, sobre todo las *Ekklesia zusai* (el parlamento de las mujeres): no se habría hecho esa polémica pública virulenta si esas ideas no hubieran tenido adherentes y una propaganda pública en su favor, de la cual se guardó de conservar los escritos. Se sabe que autores dramáticos, Ferécrates y otros, habían descripto la edad de oro o alguna isla dichosa. Los griegos, muy activos en colonización, es decir en la fundación de nuevas ciudades en países lejanos, tenían una práctica viviente de la organización y ciertamente diferencias de opinión al respecto, controversias que impulsaban a la construcción de ciudades-modelo ideales en fantasía. Los filósofos discuten a fondo todos los problemas políticos, sociales y morales (exceptuada siempre la esclavitud). De ahí resultan concepciones de Estados ideales, de *Politeia*, la de Faleas de Calcedonia, la más famosa y la única conservada, de Platón, la posterior de Zenón que se acerca más a la libertad. Más tarde vienen Euhemeros de Messana, Yambulos y Aratos de Salvi, este último próximo a las ideas de Zenón. Si estos autores no temen profesar ideas sociales muy avanzadas, está al otro extremo el archiburgués Aristóteles, y entre los dos extremos el escrito práctico de Platón, *De las leyes*. Estos escritos están aún influenciados por la suerte general del helenismo, que durante mucho tiempo fué muy nacional, muy exclusivo, muy patriota estatista o urbano, pero que bajo la presión de los macedonios y pronto de la de los romanos se disolvió rápidamente, eclipsándose y mezclándose a los romanos por una parte, a los orientales por otra; esos griegos de los tiempos más recientes conservaban un orgullo por su educación literaria, sabiéndose los intermediarios indispensables para los pueblos muy poco literarios que eran sus amos políticos, pero su sentimiento nacional desapareció, se doblegaron ante los romanos y cualquier otro que fuese el más fuerte. Por eso su vida literaria se asimiló también a los vencedores, se orientalizó en oriente y se subyugó ante los romanos en occidente. Eso hizo desaparecer las tendencias sociales de los griegos en occidente, porque los romanos que mataban los griegos y los espartacos, no eran ciertamente amantes de utopías, mientras que en oriente lo utópico rayaba en lo maravilloso y en lo misterioso, las obras puramente fantásticas se volvían objeto de diversión o receptáculo de ideas ocultistas; también se mezclaba en ellas la sátira. Luciano de Samosata es el tipo de autor de esos viajes imaginarios que no tenían ya finalidad social.

Se ve que la utopía *solamente*, sin verdadero movimiento, era impotente y no podía menos de degenerar. Pero se ha considerado siempre la vida de los griegos de su buen tiempo como una vida bastante completa y armónica y se ve que la utopía tenía en ella un lugar bien marcado: es más bien en nuestro tiempo, que se cree tan perfecto, cuando falta, pues los programas de los diversos partidos son considerados como continentes de todo lo que es de actualidad y se desdeña mirar más adelante.

Ls años del helenismo expirante producen aún un género de literatura que, sin ser utópica, se desarrolla al menos en un mundo imaginario y demuele o carcome las creencias y credulidades. Aludo a los escritos como los *Diálogos de los dioses* de Luciano de Samosata, parodias y burlas encantadoras de los dioses y diosas del Olimpo — el verdadero medio de destruir una religión, — por la risa, por el ridículo. Muy pocos autores se han atrevido a aplicar la risa franca, la sátira a la mitología del cristianismo; ejemplos son los *Etrennes aux gens d'eglise au la Chandelle d'Arras* del abate Dulourens, 1765, la memorable *Guerre dex Dieux* de Evariste Parny, a fines del siglo XVIII, y *Das Liebeskonzil* de Oscar Panizza (Zurich, 1895).

La mitología antigua había agotado la paciencia de los hombres, pero si para los espíritus libres se iba así, tomando ya entonces para ellos formas que ha vuelto a tomar en 1860-70 en las óperas bufas de Offembach, *Orphée* o *La Belle Helene* — que ahora por lo demás son sátiras que representan a Napoleón III y la vida de su corte —, para el pueblo se trabajó duramente en reemplazarla primero por un culto oriental fastuoso, el de Mitra, luego por el cristianismo desde que se reconoció el gran arraigo de las afirmaciones y de las promesas de éste sobre los espíritus sencillos y débiles de las masas subyugadas. Al controlar el cristianismo se controlaba también la cuestión social y al mismo tiempo la vida intelectual que se hizo desviar de la ciencia naciente. Por el cristianismo se tenía garantizada la santa fé, la sumisión y la ignorancia; a ese precio el emperador Constantino pudo muy bien hacer del cristianismo la religión del Estado.

Desde ese momento fatal que inauguró una crisis del pensamiento humano que dura aún, los pueblos, en tanto que se atrevían a emanciparse de la fé ciega impuesta en lo sucesivo por la hoguera, ignorando la ciencia que estaba perdida o enterrada, se crearon de nuevo un mundo propio, un refugio de esperanza, una utopía: fueron los recuerdos del paganismo proscripto los que amaban ahora, en oposición al sacerdote cristiano que puso su pié en su nuca. En ese momento, en los siglos negros de la historia, renació el culto de las múltiples pequeñas divinidades o semidivinidades griegas y romanas, de las ninfas y de las dríadas y de todas las otras personificaciones de las potencias y de los fenómenos de la bella naturaleza. Hubo divinidades semejantes en las mitologías de los pueblos germánicos, celtas, eslavos y otros, forzosamente cristianizados por las guerras de conquista o por la voluntad de sus soberanos que consideraban oportuno entrar en la cristiandad, único medio, por lo demás, en la edad media para evitar lo más posible el ser exterminado por alguna cruzada especial; sólo los mahometanos mostraron los dientes y no se sometieron; ¡dónde estarían hoy si hubiesen obrado de otro modo!

Esta obstrucción popular en el cristianismo fué tan fuerte, que la iglesia, impotente para vencerla por la fuerza, lo hizo de nuevo por el engaño, falsificando esos últimos rayos de esperanza, como antes había hecho con la edad de oro. Con método y paciencia, la iglesia substituyó las pequeñas divinidades paganas con sus santos, atribuyéndoles esas mismas cualidades y otras más ficticias aún en su calidad de fabricantes profesionales de milagros. El santo, la santa reemplezan a los faunos y ninfas, y a los sátiros y dríadas, y como el santo se somete al buen dios, todo está en orden — cuanto más milagros se le atribuyen, mejor para el renombre del buen dios. Así, la mayor parte de las tradiciones populares fueron cristianizadas, castradas y transformadas en fuente de rentas magníficas para la iglesia, que añadió a ellos el comercio de las osamentas de los pretendidos santos, el comercio de la madera de la cruz de Cristo y que de ese modo, hasta hoy, está contenta con poder explotar las supersticiones paganas.

Entonces el pueblo a quien se tomaba todo, disfrazándola, salvó su utopía en el cuento popularizado, la leyenda en donde las fuerzas de una naturaleza *justa*, — personificadas sea en hadas, en gobelinos, sea, para dar alguna satisfacción a la iglesia, en bravos eremitas, en viejos piadosos, los Filemón y Baucis cristianizados, — saben procurar la justicia al pueblo que nadie más sabe procurarle: porque el pueblo está de tal modo burlado, aterrado, impotente, que la rebelión es rara; sin embargo la rebelión existe también y el pueblo la personifica en los *Guillermo Tell*, en los *Robin Hood* del bosque de Sherwood en Inglaterra y en otros héroes semi legendarios o legendarios por completo, a quienes son atribuidos los actos de numerosos anónimos. La leyenda preconiza más bien la lucha por el engaño, un medio de acción de procedencia oriental sobre todo, o por la fatalidad, la justicia ineludible de la suerte, reliquia del espíritu de la antigua tragedia, pero de una manera o de otra la confianza del pueblo en que hay una justicia también para él, es afirmada así. Los elementos de la antigua utopía social se vuelven a encontrar en ella, sobre todo la abundancia futura — el país de Jauja es su expresión ingenua, — el derecho del pobre, su igualdad frente al rico, y el atrevimiento, los descubrimientos, las islas lejanas, la investigación de lo desconocido.

Esa necesidad de un ideal era tan grande en la edad media que se hizo sentir hasta en los poderosos, en los hartos, los hombres violentos por excelencia, — la caballería. Esa caballería al fin de algún tiempo fué saturada por las historias maravillosas de la hagiografía cristiana y exigió otra cosa. Los juglares profesionales, los cantores ambulantes, les presentaron entonces lo que ellos, pobres diablos, habían tomado de las tradiciones populares que les fueron accesibles, pero que los caballeros, defensores oficiales del cristianismo, ignoraban. Entonces se les elaboró los cuentos de los caballeros modelos, de los caballeros del rey Arturo y de la *Table ronde* o los camaradas de Carlomagno, y se les creó una especie de utopía de buena conducta, de defensa de

los débiles, de iguales condiciones en los combates, se les obligó a una cierta moderación — salvo cuando se trataba de paganos, que eran todos buenos para ser muertos. De igual modo se les creó una cierta regla de conducta ideal a seguir con respecto a las mujeres, al menos con las de su propio rango, etc. y se les desbarbarizó un poco. Pienso que las fuerzas ocultas de la iglesia, a las que esos hombres brutales escapaban sin alguna nueva restricción intelectual y moral, y algunas fuerzas populares, esos cantores que no debían precisamente amar y estimar a sus amos caballeros, colaboraron para imponer un código de honor a los caballeros bajo forma de una utopía caballeresca que se les insinuó; cuando la iglesia les domesticó así, pudo servirse de ellos para enviarlos a las Cruzadas.

En los siglos posteriores hubo también esas utopías ficticias, que se convirtieron en moda por algún tiempo — así por ejemplo el género *pastoral* del siglo XVI, la renovación de la vida patriarcal de los pastores de Arcadia que, en arte, culmina en Watteau y que tuvo una última encarnación en el anarquista Sylvain Maréchal que desde allí procede directamente en la revolución francesa. — En el siglo XVII y en la primera mitad del XVIII, en Francia, cuando la religión católica era aun muy fuerte y había hecho prescribir el protestantismo, antes de que los enciclopedistas le dieran el golpe de gracia en la opinión pública, se tuvo el placer de refugiarse de ella en el país de las hadas que *Perrault* había descubierto de nuevo; bien pronto el *Conde de Gabalis* resucitó en masa *silfos* y *ondinas* y toda suerte de duendes, un último retoño de los bosques y fuentes embrujadas, en que nadie creía ya, pero que muchos gustaban de ver presentadas en cuentos amables de hadas por la señora d'Aulnoy y muchos otros, último eco del paganismo utópico en que se refugió la banalidad estúpida del cristianismo. Por lo demás, la colección de cuentos populares de tradición genuina que se hizo desde fines del siglo XVIII en Europa y que se continuó después por el *folklorismo*, el tradicionalismo en todas partes del globo, hace el inventario definitivo de la antigua utopía: este período es ya el del socialismo que difunde también la ciencia, el libre pensamiento y que destruye así forzosamente la *antigua* utopía popular — razón de más para que dé al pueblo en la forma más tangible, correspondiente a sus hábitos, una nueva utopía, esta vez realizable, si el pueblo pone verdaderamente la mano en la masa, — de otro modo condenada fatalmente a permanecer un hermoso sueño.

Max Nettlau

De "El jardín de Epicuro"

¿Existe alguna historia imparcial? ¿Y qué es historia? La representación escrita de los acontecimientos pasados. ¿Pero qué es un acontecimiento? ¿Es un suceso cualquiera? ¡No! es un suceso notable. Pues bien, ¿cómo discierne el historiador que un suceso es notable o no lo es? Juzgando arbitrariamente, según su gusto y su carácter, con arreglo a su criterio, como artista, en fin. Los sucesos no se dividen por propia naturaleza en sucesos históricos y sucesos no históricos. Un hecho es algo infinitamente complejo. ¿Presentará el historiador los hechos en toda su complejidad? Esto es imposible. Los representará desnudos en casi todas las particularidades que los integran, por consecuencia truncados, mutilados, diferentes de lo que fueron. Cuanto a las relaciones de los hechos entre sí, más vale no hablar de ellas. Si un hecho llamado histórico está motivado, lo que es posible, lo que es probable, por uno o varios hechos no históricos, y por eso mismo desconocidos, ¿cómo podrá el historiador consignar la relación de esos hechos y su encadenamiento? Y supongo en todo lo dicho que el historiador tenga ante los ojos testimonios fidedignos, mientras que en realidad se engaña, pues sólo presta asentimiento a tal o cual testimonio por razones de sentimiento. La historia no es una ciencia, es un arte. En él se triunfa con la imaginación.

A. FRANCE

Consideraciones morales

CARTA DE ELISEO RECLUS A HENRI ROORDA, LAUSSANNE.—

París, 16 — *III* — 1891, *a la llegada de Argelia*:

Mi querido amigo,

Sí, Ud. me ha escrito una buena, una afectuosa carta que me había conmovido vivamente y que he llevado constantemente conmigo porque las palabras de amigo hacen mucho bien. No habría dejado ciertamente de responder, pero la vida es corta y el pensamiento precede mucho a la realización.

Soy por completo de su opinión relativa a la inconsciencia de la reacción. Psicológicamente, es cierto que la mayor parte de los hombres se forman una moral para el uso de su interés. El sacerdote es de ordinario un ejemplo notable de eso: esparce las caridades y los consejos, vierte el bálsamo de la dulzura; en nombre de un dios de amor de que es representante en la tierra, se hace amor, pero su dios es también el dios "fuerte y envidioso" y a su vez puede, en nombre de su amo, nutrir todas las pasiones de violencia, de odio y de furor. Del mismo modo, tenemos "jueces íntegros" y aún los Javert, agentes de policía que debemos respetar. Todo eso es verdad y, en alguna ocasión, hombres que proclaman nuestras ideas, pero cuyo carácter y cuya conducta no están a la altura de sus palabras, nos obligan a dirigir una mirada de respeto hacia los adversarios leales y nobles.

Sin embargo, Kropotkin en la *Moral anarquista*, y todos nosotros en nuestra propaganda, tenemos el derecho de ir al fondo de las cosas y de decir al sacerdote, al juez, al policía íntegros: ¡Vuestra integridad no es más que un engaño! Os creéis buenos y honrados, pero no lo sois; vuestro interés personal, vuestra ambición, vuestro espíritu de cuerpo os ordenan vuestra moral. Os engañais vosotros mismos inconscientemente, y nosotros arrancaremos los velos. Sois los "sepulcros blanqueados" de que habla el Evangelio. "Falso buen hombre", no eres más que un malvado; honesto rico, no eres más que un ladrón! Sin duda todos los géneros que interpelamos así se sentirán indignados y al principio no querrán discutir con gentes como nosotros, brutales y de mala compañía, pero nuestras palabras vivas no continuarán menos viviendo en ellos y, de repente, se dirán con sorpresa que teníamos razón! Descubrirán el crimen disfrazado; el vicario de dios, el defensor de la justicia se ha encontrado ya implicado en tantas intrigas y perfidias, que no cree en la justicia; comienza a saber lo que hay que pensar de la patria. A nosotros nos corresponde apresurar por nuestra lógica de las cosas, brutalmente proclamada, la miseria de la fé beata, inocente en apariencia, completamente perversa en el fondo. A nosotros nos compete forzar a las gentes pseudo-honestas a elegir entre la honestidad verdadera y la pura picardía, la perfidia calculadora.

En todos los puntos de vista, comparto su manera de ver con respecto al pudor. La parte de "naturaleza" que se encuentra en ese sentimiento es tan mínima que se halla uno bastante embarazado para discernir su verdadero origen. En mi opinión, los comienzos del vestido han sido múltiples. Lo mismo que el gallo se ha adornado con una cresta roja y hermosas plumas, lo mismo el macho, entre los hombres, ha procurado de todas las maneras decorar sus órganos con plumas, telas finas y bordados. La mujer, por su parte, ha querido agradar y doblar el precio de la victoria por los obstáculos y las negativas; después han venido los propietarios que pusieron una barrera entre sus mujeres de captura y el público. En algunas ocasiones, el vestido tiene el mismo origen que los cinturones de seguridad y las horribles prácticas de infibulación. Despues, en virtud de la ley psicológica de que hemos hablado más arriba y que acomoda la moral a los intereses y a las pasiones, nació el pudor, moral de la coquetería y de la toma de posesion sexual.

Y bien, por lo que se refiere al pudor como por lo que se refiere a cualquier otro sentimiento de moralidad pervertida, es preciso decir la verdad, con riesgo de escandalizar a las personas modestas y virtuosas en quienes las ideas falsas se han confundido inextricablemente con la dignidad del carácter y de la conducta. Los vestidos deben caer: la necesidad nos obliga a mostrar lo que tenemos en nosotros de más vivo y de más bello: los ojos y la sonrisa; la dignidad debe hacernos mostrar también el conjunto de nuestro cuerpo sin tonta gazmoñería.

La moral ante todo. Es cierto que la pretendida moral de los religiosos, que consiste en suprimir su cuerpo, en no tener ya órganos, tiene por consecuencia el tender sin cesar el pensamiento hacia esas cosas "que se deben ocultar": es una intimidad, una locura, es la lubricidad feroz, la perversión de todos los sentidos; es la mentira, la hipocresía. Los actos normales se vuelven actos viciosos; la fuente de la vida es corrompida en ellos y de generación en generación el mundo es pervertido.

¡Y la higiene! ¡Todos esos vestidos, nidos de microbios, que nos separan del aire puro y de la luz, que nos enferman y nos desequilibran, que palidecen nuestra carne y la cubren de úlceras, que hacen al amante desagradable para la amada y que, a veces, esterilizan a la mujer o la condenan a engendrar abortos!

En fin ¡el arte! ¿Cómo comprender la belleza, cuando las curvas naturales son reemplazadas por líneas de botones, por zagalejos y corséts, cuando las modas pueden hacer cambiar las formas, llevar las del vientre a la espalda, hacer mentir a todo y falsearlo todo?

¿Cómo elevar el pensamiento ante un bronce que figura un hábito negro? Si el culto del desnudo no fuera mantenido entre los artistas, a pesar de los sacerdotes, a pesar del pudor, yo creo firmemente que la humanidad habría acabado por perecer. ¡Al continuar la edad media, habría entrado en la muerte! Ciertamente, en la gran revolución de la lógica, del buen sentido y de la naturaleza, la destrucción del vestido tiene su parte. Envolveos contra el frío todo lo que queráis, pero si tenéis la menor comprensión del arte y de la belleza, no os vistáis, no ocultéis vuestro cuerpo y que los paños armonicen con él!

Cordialmente a Ud. y a los amigos.

ELISEO RECLUS

P. S. —El autor de Riqueza y miseria *no ha dicho nunca su nombre. Si hay observaciones y correcciones que hacer, tenga la bondad de transmitírmelas, cuento utilizarlas un día. Mi folleto* Evolución y revolución *debe aparecer incesantemente.*

Si algunas veces las lágrimas quieren saltar a tus ojos y te sientes poseído de una nostalgia abrumadora que inunda todo tu ser, calla y oculta esas lágrimas en el fondo de tu alma, que malo será llorar donde otros rían. Pero cuando te halles solo, cuando un silencio infinito circunde tu vida, entonces llora, llora amargamente, que sólo ese silencio comprenderá tu llanto, porque se habrá turbado...

—

Si alguna vez desmayas de cansacio y pesadumbre, si ya tus fuerzas no resisten y te sientes sucumbir, si tus ojos sólo ven una espina donde todos vemos una rosa, no te arrojes a los lados del sendero; reune todos tus ánimos, todos tus bríos, abre inmensamente los ojos e intenta un paso más, que quizá logres salvar con él el grandioso abismo que se abre a tus pies...

L. M. BARAGNAN

Las joyas de la corona de Rusia

—Sí, hoy se remata... Base: quinientos millones de rublos oro... y a plazos. ¿No hay quién de más...? Mañana, el pueblo ruso en lotes y a plazos.